

## Prólogo

Este libro es, de alguna manera, uno más de los frutos inesperados de la pandemia de la COVID-19 y, en concreto, del largo encierro que vivimos en Pamplona, Navarra, como en casi todo el mundo, entre marzo y junio de 2020. Se dirán muchas cosas en el futuro sobre esos meses en los que prácticamente el mundo se puso en pausa y se refugió para intentar parar un virus. En mi caso, lo que contaré es que me encontré frente a estudiantes de la carrera de Psicología que, en medio de una incertidumbre considerable, se encerraban en casa y empezaban la aventura de «tele-aprender», lo que implicaba que, para nosotros, sus profesores, era la hora de «tele-trabajar».

Fue un desafío más que nada por lo inédito de la situación. A eso había que agregarle el uso de programas y aplicaciones informáticas que siempre supimos que estaban allí, pero que nunca nos habían llamado la atención. Pero no todo el desafío pasaba por los medios: el contenido también era un reto. Rápidamente descubrimos que la clase online, cuando se imparte por primera vez, es mucho más exigente que la presencial. Bueno, tal vez las palabras correctas no sean «mucho más exigente», sino «con una exigencia particular». En la clase presencial la fluidez del intercambio entre profesor y alumno es una buena parte de lo que podemos dar a nuestros aprendices: un estudiante aprende mucho más de la actitud intelectual y vital de su maestro que de lo extenso o profundo que sea el contenido que imparte. En la clase mediada por una pantalla esto no es así. Cambian muchas cosas, entre otras que el contenido cobra un protagonismo mayor: el alumno sigue aprendiendo de la actitud del profesor, pero en este caso «lo» que diga el profesor tiene mayor peso, si cabe, que el «cómo» lo diga.

Surgió en mi cabeza la idea de que quería que mis alumnos sintieran que estaban arropados, guiados por su universidad, no solo en un curso, sino vitalmente. Entonces

volqué veinte años de apuntes y reflexiones con un nivel de exigencia y rigor mucho mayor.

Otro factor que influyó en el resultado que el lector tiene en su mano fue que, habiendo sido esto del confinamiento algo relativamente repentino, no tenía a mi disposición la ingente cantidad de libros que hay en la biblioteca de la universidad: tenía que conformarme con la modesta pero interesante biblioteca que hay en mi casa y la bibliografía que había separado para la ocasión. Y allí surgió una de las tantas paradojas a las que nos tiene acostumbrado el mundo de hoy: menos fue más. «Menos libros que consultar» se tradujo en un esfuerzo de comprensión mayor, con menos dispersión y más tiempo para estructurar explicaciones sencillas. Hacia el primero que me volqué, como «regresando a casa», fue a Tomás de Aquino, mente prodigiosa poco estudiada actualmente, pero que es un auténtico pozo sin fondo de sabiduría que se puede aprovechar una y otra vez. Pero también hubo otros: Cornelio Fabro, Edith Stein, Nicolai Hartmann, Alberto Caturelli, Octavio Derisi, Martín Echavarría, Antonio Malo Pé, Jaime Vélez, Leonardo Polo, Romano Guardini, Wilhelm Arnold, Philip Lersch, Viktor Frankl, Magda Arnold, por citar solo algunos.

El resultado fue satisfactorio. La respuesta de los alumnos fue estupenda, llegándome a pedir que siguiéramos dando clases en épocas en las que el calendario marcaba «descanso», aunque esa palabra no significara mucho en una situación de encierro. Alguno llegó a decirme que «frente al tedio, mejor la filosofía», lo que tomé como un consuelo y confirmación del rumbo elegido. De alguna manera el clásico *primum philosophari* se imponía no solo al *vivere*, sino también a Netflix, algo más sobre lo que es bueno reflexionar.

Finalmente, todo ese trabajo se fue acumulando y llegó a poner en mis manos un cuerpo organizado que no he querido dejar pasar. Y de allí la idea de publicar estos escritos. He reorganizado aquel material, agregado partes, incorporado más miradas de psicólogos y escuelas para tratar de reflejar el constante ida-y-vuelta entre filosofía y psicología que intenté incorporar a las clases —y que, por cierto, mis alumnos me exigían en cada sesión de preguntas— .

La filosofía y la psicología no están peleadas, aunque a veces eso pareciera. De hecho, no hay psicología que no tenga detrás una visión filosófica; aquellos que se forman para ser psicólogos deben echar un vistazo al panorama filosófico para que sean totalmente conscientes de en qué se están metiendo cuando toman sus decisiones profesionales. Un psicólogo con esta consciencia es capaz de discernir y aprovechar mejor los aportes de las diferentes escuelas y ser un mejor profesional para aquellos que recurrirán a él.

Con ese espíritu quiero insistir en la naturaleza de la obra: es un esbozo que he tratado de ordenar de una manera pedagógica para que pueda ser seguido con una secuencia lógica. No es todo lo que se puede decir de la relación entre la filosofía y la psicología, no tiene la profundidad que cada tema requeriría y no resuelve todos los debates entre los autores —para una obra así se requerirían varios tomos y un trabajo interdisciplinar—. Es un libro que tiene una pretensión más sencilla: acompañar a psicólogos a darle un vistazo a la parte de la tradición filosófica que más les atañe.

Está organizado desde lo más profundo y metafísico, sustento de la identidad, a lo más superficial y cotidiano de la acción humana. Comienza con algunos de los fundamentos del ser personal y la dignidad humana para llegar a definiciones clásicas de la relación entre las dimensiones de la persona humana —bio-psico-espiritual y social— y sus dinamismos cognoscitivos y apetitivos. En todos los casos hemos tratado de armar una auténtica hoja de ruta para facilitar el recorrido y la incorporación de conceptos. Espero que este pequeño aporte ayude a aumentar una cultura del encuentro entre dos disciplinas que tienen mucho que aportarse mutuamente.

Agradezco a mis alumnos, que me motivaron muchísimo en la elaboración de estos escritos y a quienes dedico este libro. También agradezco muy especialmente a Mónica, mi mujer, mi psicóloga favorita; este libro es como la síntesis de una parte de esas charlas entre un filósofo y una psicóloga, ambos apasionados —con nuestras profesiones y con nuestro matrimonio—. También les agradezco a mis seis hijos por haber tenido, durante el confinamiento, una paciencia infinita conmigo y con mis alumnos, que ya no estaban «en la uni», sino en nuestro cuarto de estudio, al que no se podía entrar «porque papá está grabando». Les dedico el libro con todo el amor del mundo.

Lo dedico también a quienes me apoyan en mi trabajo, especialmente en el proyecto Infinity, familia, amor y sexualidad, del Instituto Cultura y Sociedad (ICS) de la Universidad de Navarra: este también es un fruto de nuestra investigación de cara a ubicar la afectividad en el contexto de una idea antropológica clara. Y, por supuesto, no puedo dejar de mencionar a la Facultad de Educación y Psicología, la que me dio la confianza de guiar por un curso a sus alumnos en temas tan trascendentales, pero también un poco áridos.